

CIUDADES

VOLUMEN 3

Pablo Vega Centeno,
editor

Lima, diversidad y fragmentación de una metrópoli emergente



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Manuel Dammert G.

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Andrea Pequeño

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-06-3

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: noviembre de 2009

Contenido

Presentación	7
Introducción	9
<i>Pablo Vega Centeno</i>	
I. Geografía urbana y globalización	
La ciudad latinoamericana: la construcción de un modelo. Vigencia y perspectivas	27
<i>Jürgen Bähr y Axel Borsdorf</i>	
Lima de los noventa: neoliberalismo, arquitectura y urbanismo	47
<i>Wiley Ludeña</i>	
Dimensión metropolitana de la globalización: lima a fines del siglo XX	71
<i>Miriam Chion</i>	
La formación de enclaves residenciales en Lima en el contexto de la inseguridad	97
<i>Jörg Plöger</i>	

II. Cultura urbana

Urbanización temprana en Lima, 1535-1900 143

Aldo Panfichi

Los rostros cambiantes de la ciudad:
cultura urbana y antropología en el Perú 167

Pablo Sandoval

III. Gobierno de la ciudad: planificación y gestión de políticas públicas

Políticas urbanas y expansión
de las barriadas, 1961-2000 223

Julio Calderón

Pobreza y desarrollo urbano en el Perú 255

Gustavo Riofrío

Lima: descentralización,
democratización y desarrollo 283

Jaime Joseph

Espacios públicos, centralidad y democracia.
El Centro Histórico de Lima. Periodo 1980 – 2004 325

Miriam Chion y Wiley Ludeña

Espacios públicos, centralidad y democracia. El Centro Histórico de Lima. Periodo 1980-2004*

Miriam Chion y Wiley Ludeña Urquizo

Consideraciones de base

El advenimiento de la democracia en 1980, luego de más de una década de gobierno militar, supuso para la ciudad de Lima y, específicamente, para el área central de la ciudad un nuevo escenario de acciones, actores y medidas. Desde entonces este casi cuarto de siglo de su historia puede calificarse como uno de los más complejos, imprevisibles, depresivos, eufóricos, contrapuestos y más intensamente vividos. En este tiempo, el centro pasó súbitamente de su casi irreversible desahucio a una etapa de entusiasta pero efímera vitalidad, para luego situarse en un estado cansino de no poca desesperanza sobre su futuro.

Desde el inicio de la invasión descontrolada de ambulantes al área central alrededor de fines de la década del setenta y la consiguiente apropiación informal de calles y plazas hasta la reubicación planificada de los más de 20 mil comerciantes callejeros, durante la administración del Alberto Andrade (1996-1998 y 1999-2001), el comercio ambulatorio en el centro histórico puede considerarse como el fenómeno estructural más significativo de este período. Durante este tiempo no hubo política y acción municipal respecto al área central que no estuviera motivada y/o condicionada por la existencia y efectos del comercio callejero e informal. De una y otra forma todas las acciones emprendidas, desde el plan de reubicación del comercio ambulatorio y los "campos feriales" de la administración municipal de Eduardo Orrego Villacorta (1980-1983), incluyendo al movimiento en pro de la recuperación del centro, hasta las ac-

* Publicado originalmente en: Chion, Miriam y Wiley Ludeña Urquizo (2005). "Espacios públicos, centralidad y democracia. El Centro Histórico de Lima. Período 1980-2004". *Revista Urbes* N° 2. Lima. pp. 145-169.

ciones a favor de su declaratoria como patrimonio cultural de la humanidad (UNESCO, 1988) y el plan de recuperación intensiva de los espacios públicos bajo la administración Andrade, tuvieron en el problema de los miles de ambulantes y el comercio ejercido por estos su principal referente.

Ciertamente, la existencia del comercio ambulatorio en las dimensiones de fenómeno extendido que logró adoptar en el caso limeño, no puede ser considerada como la causa originaria y determinante del deterioro y decadencia del centro histórico de Lima. Aceptar tal afirmación equivaldría a confundir las causas por los efectos. La actual acentuada degradación del área central de Lima, así como los múltiples *impasses* que acusa su casi inviable resolución, son antes que nada consecuencia de un proceso de deslegitimación histórica de un tipo de centralidad que no ha conseguido dotarse hasta el momento —tras la crisis de centralidad colonial— de una identidad reconocible y coherente con las aspiraciones de una nueva centralidad republicana. La raíz del problema: la dobles política, moral y estética de aquella elite social y económica del país que tuvo en el transcurso de los últimos 150 años una doble y contradictoria actitud respecto al centro: por un lado, promover una centralidad ilusoria, escenográfica y retorizada, por lo tanto endeble, dubitativa y precaria. Y, por otro, abogar por una radical escisión entre centro y periferia, con una visible y socialmente selectiva preeminencia del suburbio sobre la ciudad histórica y compacta. Estar cerca y lejos del centro, al mismo tiempo: he ahí el registro de un pernicioso ambivalencia cuya principal víctima ha resultado siendo previsible: la institucionalización y viabilidad histórico del propio centro (Ludeña, 2002).

Lo que ha provocado la cuestión del comercio ambulatorio en el caso del centro de Lima ha sido ubicar el problema de su vigencia histórica en una situación ciertamente límite. No se puede negar que este fenómeno del comercio callejero, instituido bajo la forma de una auténtica “invasión” de proporciones nunca antes registrada en la historia limeña, contribuyó a aventurar en el centro procesos larvados desde sus orígenes republicanos como son el del deterioro ambiental, la degradación social, ambiental y el deterioro de la sustancia edilicia y urbanística. Todo esto en el marco de un nuevo escenario social y político, caracterizado por una creciente informalidad y preocupante situación de gobernabilidad

en la escala municipal cuyos efectos directos fueron una aventurada calculturización y barriadización del centro, con todo lo que ello significa en términos de ciudad precarizada y miserable.¹

Podría afirmarse que el área central de Lima devino principal campo de batalla y espacio límite para la resolución de los conflictos derivados del encuentro entre las lógicas inherentes a la estructura tanto de la ciudad formal y de la llamada informal, cuando al orden histórico de la ciudad decimonónica y aquel correspondiente a la emergente ciudad barrial. Sucedió del mismo modo en relación a la controversia que se registra entre el cuestionamiento y/o reconocimiento de las diversas formas de gobernabilidad institucionalizada. Pero aun más: la lucha por el centro (una auténtica lucha de apropiación o reapropiación), expresada a través de una serie de medidas desplegadas por los distintos actores sociales y económicos involucrados, significaría por este hecho el fin de un ciclo histórico e inicio de otro en relación al rol y significado de este espacio para el conjunto de la metrópoli limeña. Todas las intervenciones desplegadas en el área central de Lima desde inicios de la década del ochenta, desde la reconstrucción de algunos edificios emblemáticos hasta la remodelación de las plazoletas coloniales o espacios como la Plaza Mayor, tienen que se re explicados en el contexto de esta dinámica de conflictos e intereses.

¿Por qué es que dentro de los planes de recuperación del centro, desde la administración Orrego hasta la gestión del alcalde Castañeda, el ámbito de los “espacios públicos” se convirtió en el principal campo de inter-

1 En todo caso el aspecto contencioso del comercio ambulatorio no estuvo del lado de los ambulantes propiamente dichos, sino en el modo de cómo esta modalidad de comercio consiguió establecerse y desarrollarse en el área central de la ciudad, así como en toda esa infraestructura social y técnica de apoyo y logística creada en torno a su propio funcionamiento. A mediados de los años noventa estaba claro que cualquier iniciativa estratégica de recuperación del área central debía pasar por asumir una posición terminante respecto al tema del comercio ambulatorio. Si en la década de los ochenta la izquierda y el APRA habían convertido a los ambulantes en auténticos “héroes populares” a emular, a mediados de los años noventa la mayoría de los ambulantes representaban para una percepción ciudadana cada vez más consciente de sus derechos cívicos, a un personaje sin escrúpulos que podía recurrir a la idea de espacio público como bien común en beneficio propio y que se había apropiado de aquello que resultaba siendo propiedad de todos: la calle, los espacios públicos y la ciudad. El comercio ambulatorio, con todo ese paisaje de deterioro, precariedad y hacinamiento se había convertido a mediados de los noventa en una forma de comercio estable y con aspiraciones inocultables de permanencia sin límites.

venciones? ¿Tal vez se deba a que las inversiones en este sector son menos onerosas que las que se requieren para emprender una profunda renovación de las sustancia edilicia del área central? ¿O porque las intervenciones en materia de espacio público, por su efecto simbólico y singular impacto público, significan réditos políticos casi inmediatos para aquellos alcaldes ansiosos de un acelerado posicionamiento público y político?

En la explicación del origen de la serie de iniciativas tendientes a la recuperación del centro histórico, basado en una preeminencia de las intervenciones en los espacios públicos, pueden encontrarse ambas justificaciones. Pero también, el sentido de una creciente oposición política entre los intereses de dos sectores sociales y políticos más o menos reconocibles: por un lado, los sectores de una neoligarquía y clase media con aspiraciones de dotarse de una identidad histórica, representada por el alcalde Alberto Andrade y su movimiento político Somos Perú. Y, por el otro, aquel sujeto social del discurso neopopulista y neoliberal liderado por Alberto Fujimori, constituido por los miles de ambulantes, inquilinos precarios y habitantes de barriadas del área central, con intereses concretos en un tipo de gestión y funcionamiento de esta área de la ciudad. Frente a la resonancia inicial del plan del alcalde Andrade de recuperar las plazas del centro de Lima, la reacción casi inmediata del gobierno de Fujimori con su plan de recuperación de la barriada Leticia (ubicada al borde del área central) y el mejoramiento de las casas de vecindad, podía ser calificada más que un simple acto político reflejo: era la demostración fehaciente del conflictivo encuentro de intereses.

No obstante esta causa estructural, que alude a las motivaciones que se encuentran en la base de los planes de recuperación del centro histórico, la conversión de los espacios públicos en el principal ámbito de intervenciones destinadas a la recuperación del área central, tiene una explicación menos coyuntural y circunscrita al caso limeño. En esta ocasión, esta especie de renacimiento del uso público de los espacios públicos que se produce desde mediados de los años noventa no solo es un fenómeno limeño, sino uno extensivo a todo el país en el que no existe ciudad grande o pequeña que no haya escatimado esfuerzos en remodelar sus plazas principales alamedas, malecones o parques.

Luego de más de una década de ese forzado encierro experimentado por la sociedad peruana, a causa de la violencia política que le costó al

Perú cerca de 70 mil muertos y que consiguió desaparecer prácticamente cualquier forma de vida pública sobre la superficie, se experimenta en el país y en Lima –sobre todo luego de la derrota de Sendero Luminoso y el inicio del llamado proceso de pacificación a mediados de los noventa – una especie de renacimiento eufórico de la vida pública diaria y nocturna. El efecto previsible: la mejora y creación de viejos y nuevos espacios públicos, respectivamente.

Desde entonces se ha producido una especie de asalto o invasión colectiva de los espacios públicos. Esta irrupción espontánea no significa sino el encuentro con la única posibilidad de exorcizar en la esfera de lo público, la experiencia del dramático y violento enclaustramiento vivido por la sociedad peruana durante la década de los ochenta. Recordemos que este tiempo fue el reino de la noche sin noche, la calle sin calle.

Sin embargo, se debe reconocer que esta invasión social de los espacios de uso colectivo de la ciudad, se manifiesta aun bajo la forma de una apropiación caótica de la esfera de lo público. No se apropia este ámbito para inventar una nueva dimensión y significado de lo público, sino para negar las fronteras coactivas del mundo doméstico de lo privado y superar los traumas sociales del encierro social vivido por causa del terrorismo.

El “centro oficial”. Del puente a la Alameda y el espacio público ausente

Si la Plaza Mayor fue el espacio símbolo más importante de la centralidad colonial, en tanto epicentro que concentraba en torno suyo todos los atributos del poder, los espacios más representativos que pretendían encarnar los atributos de la sociedad republicana son la Plaza San Martín (1921) y el denominado Centro Cívico de Lima (1949, 1967). En ambos casos, se trata de intervenciones que en esencia se produjeron como reflejo de intereses políticos y sociales concretos, los cuales como es habitual aparecieron bajo esa intermitente como infructuosa manía peruana de refundación republicana. Cada gobierno o movimiento político intenta perennizar su paso a través de la creación de determinados hitos y ritos de fuerte impacto público.

La actual Plaza San Martín no es la invención de un vacío preexistente. Es el resultado de una acumulación progresiva de intenciones y propósitos de dotar a Lima, junto a la Plaza Mayor, de una segunda gran plaza cívica acorde con el programa de monumentalización neobarroca iniciada por Nicolás de Piérola, luego promovido por los gobiernos de la llamada República Aristocrática, hasta su culminación celebratoria a cargo del gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930). Este último, aspiraba a edificar una plaza que no ocultase su aspiración de cierta monumentalidad neobarroca, pero que tampoco dejara de lado una estructura figurativa más atemperada a la escala limeña y a la necesidad de imprimir la impronta de un espíritu nacional, tal como pretendía promover el discurso cultural de la “Patria Nueva”. La Plaza de San Martín debía ser la nueva plaza de la “Patria Nueva”, el nuevo epicentro de ‘centro’ lingüista, una forma de secularización burguesa de la ciudad colonial y oligárquica representada por la Plaza Mayor y aquellos monumentos exaltados por un poder decimonónico y antimodernizante. Si el complejo del Parque de la Exposición inventa la ciudad de la República Aristocrática, la Plaza San Martín de Manuel Piqueras Cotoí preanuncia la Lima moderna del siglo XX, en tanto este espacio representa la instalación de un nuevo orden en modo de construir y percibir la ciudad y sus espacios colectivos.

A mediados del siglo XX estos significados, irradiados por toda esa extraordinaria serie de plazas, parques y alamedas creadas durante el oncenio legüista adquirirían un cierto halo de anacronismo. Estos espacios y la centralidad delimitada por ellos, no reflejaban más la nueva dinámica de una modernidad capitalista que requería establecer límites más precisos respecto a aquellas preexistencias coloniales y oligárquicas del primer civilismo.

Figura 1. Plaza Mayor de Lima, 2002

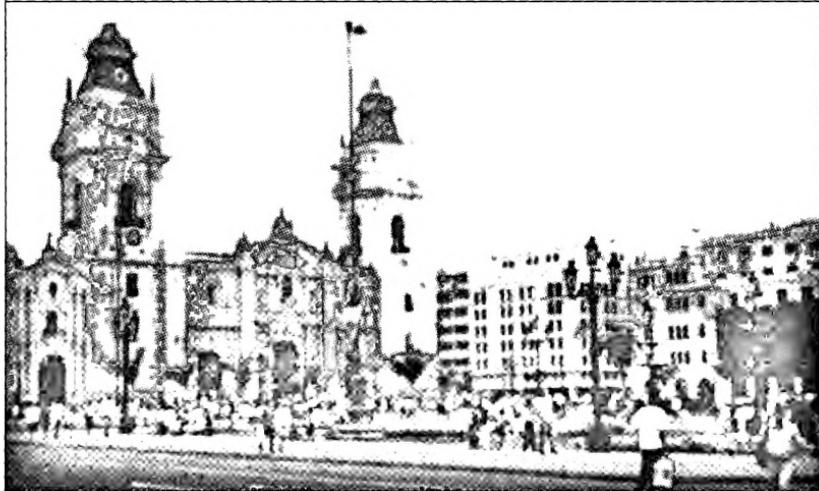


Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 2. Plaza San Martín, 2002



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 3. Centro Cívico de Lima. Paseo de la República, 2000



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Premunidos del discurso corbusiano del Plan Voisin y su Ville Radieuse, de 1933, y las imágenes de sus planes para Buenos Aires, San Pablo o Montevideo, la idea de una nueva Lima auténticamente moderna devino demanda concreta para quienes, como los miembros de la llamada Agrupación Espacio (1947-1955), encarnaban el sentido de la vanguardia moderna en el país. La propuesta en materia de nuevas centralidades resultaba previsible: por un lado, convertir el centro histórico en un gigantesco y uniforme conjunto habitacional, erigido sobre el polvo de una –se supone– demolida preexistencia histórica; y, por otro, erigir un nuevo centro alternativo en la dirección sur del área central entre el Parque de la Exposición y la Plaza San Martín y el Centro Cívico de Lima, como dos de los espacios cívicos más emblemáticos de la Lima del siglo XX, ambos con aspiraciones de construir centralidades alternativas, no registraría ninguna otra iniciativa de similares proyecciones.

¿Significa acaso este hecho la inexistencia de nuevos sectores sociales interesados como es habitual en refundar la historia y por consiguiente edificar una nueva centralidad con sus señales y símbolos correspondien-

tes? Efectivamente, en cierto modo, luego de estas dos intervenciones no habría más movimiento político ni gobierno interesado de manera eficaz en construir centros alternativos. Salvo el intento parcial del gobierno militar (1968-1980) de convertir un sector de la Avenida Javier Prado y de los sectores del distrito de La Molina en un nuevo centro político administrativo del país, a través de la concentración lineal de una imponente serie de ministerios y otras dependencias del Estado. Otro intento formulado en esta dirección, sería el de la extraña invocación del presidente Alan García (1985-1990) de trasladar la capital del Perú a la provincia de Concepción, Huancayo.

Al margen de estas iniciativas, los gobiernos centrales y municipales que se sucedieron tras la reinstalación de la democracia en 1980, no se plantearon como objetivo y tarea principal la refundación de un nuevo centro y la creación de nuevos espacios públicos representativos en el área central. Por lo menos hasta la implementación del decidido plan del alcalde Andrade de “recuperar el centro” desarrollado a partir de 1996, casi la totalidad de medidas adoptadas oscilaron entre operaciones de cosmética urbana llena de remodelaciones de espacios públicos, el repintado de edificios o el enrejado de parques y la promoción de actividades culturales abiertas.

Probablemente, la razón para esta ausencia de iniciativas tenga que ver, por un lado, con la desestructuración social generada por el reformismo militar de la década precedente que significaría la desaparición de la oligarquía tradicional, la endebles de una emergente burguesía nacional y un sector popular de izquierda sin más dirección política que el sentimiento antidictatorial; es decir, sectores sociales sin proyectos nuevos de sociedad y ciudad. Y, por otro lado, con el hecho de constatar, a inicios de los años ochenta, que el centro histórico ya no era más el único espacio que podía representar de mejor manera las necesidades de centralización y simbolización de un poder emergente. Precisamente, el vacío de poder y gestión que dejan estas dos dinámicas recusatorias de la vigencia del centro histórico sería ocupado por un nuevo y más activo sujeto social: la informalidad y el comercio ambulatorio sin más orden que el de la apropiación mercantil del espacio público.

Este es el contexto y las razones por las cuales administraciones como las del alcalde Eduardo Orrego del partido Acción Popular, Alfonso Ba-

rantes, del frente Izquierda Unida, y Jorge del Castillo, del partido aprista, y del independiente Ricardo Belmont, se abocaron básicamente —dentro de los límites impuestos por la dinámica del comercio ambulatorio— a intervenciones de reconstrucción puntual, remodelación y reanimación cultural de los espacios públicos más representativos del área central.

Centro de la municipalidad

Al asumir el gobierno municipal el alcalde Eduardo Orrego (1980-1983), el centro estaba prácticamente ya ocupado por miles de ambulantes e innumerables “paraditas” que abastecían de alimentos las necesidades de los habitantes del área central y los propios ambulantes. En marzo de 1981 la municipalidad emite la primera ordenanza, prohibiendo el comercio ambulatorio en la “Lima cuadrada”. En este contexto, la gestión del alcalde Orrego se plantea por primera vez la política de la reubicación interna de los ambulantes en los denominados “campos feriales”, ubicados los más importantes al borde del río Rímac (Polvos Azules y Amazonas) y algunos en terrenos no usados del centro de la ciudad. Entonces, se pensó que esta solución pondría en orden el comercio callejero. Asimismo, durante este período se produce el inicio de los trabajos de enrejado de la mayoría de parques, como el de La Exposición y el parque Universitario. Acción que revela la respuesta municipal a las tensiones entre los efectos de un comercio ambulatorio desaprensivo con el cuidado de los espacios y las necesidades de preservación de los mismos (Concejo Provincial de Lima, 1983).

Durante la administración Orrego las intervenciones en los espacios públicos del centro consistieron básicamente en la remodelación, arreglo de jardines y el pintado de superficies. Se remodelaron calles como el emblemático jirón de La Unión y la Avenida España, así como el Parque Universitario, la Plaza Francia y las plazuelas de San Francisco, Monseñate, La Buena Muerte, Santa Clara, Santo Domingo, Santa Rosa, El Cercado, así como el parque Du Petit Thouars y la plazuela Mariátegui, entre las obras más importantes. Junto a estas se procedió al mejoramiento superficial de los edificios de la Plaza Dos de Mayo y la Plaza Bolognesi. Del mismo modo, se inicia en este período un exitoso programa de

rehabilitación de los balcones coloniales del centro, el cual se volvería a reeditar cada cierto tiempo.² El único programa de renovación urbana Tacna en el tramo correspondiente al distrito del Rímac.

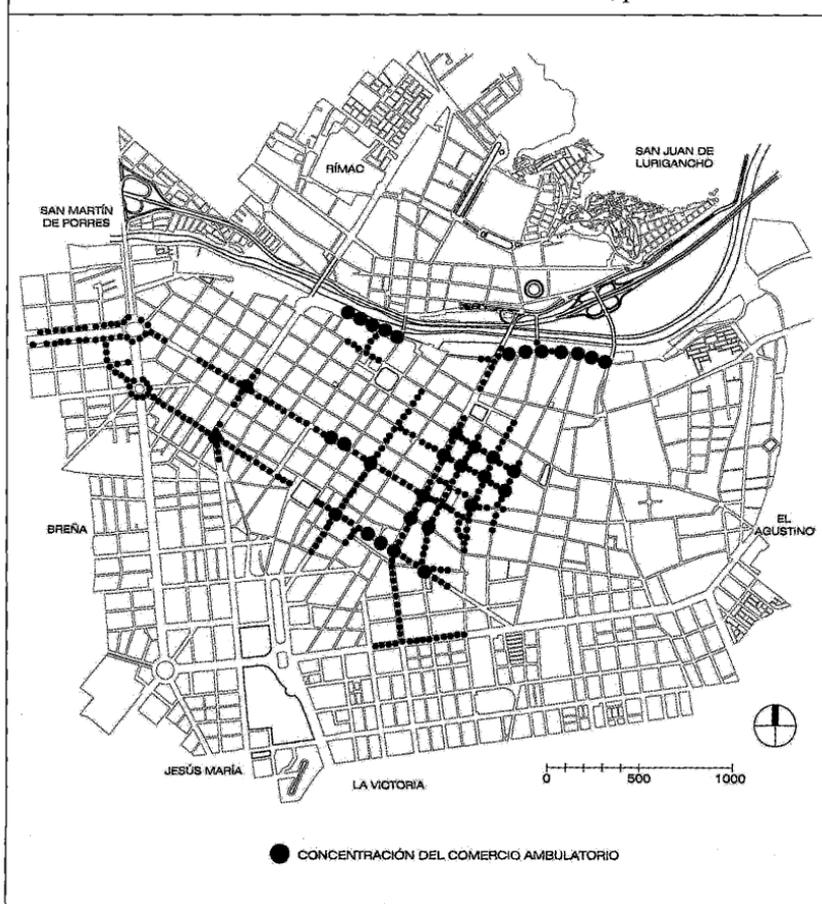
La gestión del alcalde Alfonso Barrantes (1984-1986), el primer alcalde de orientación izquierdista de la historia de Lima, no supuso en esencia un cambio radical de objetivos y políticas de acción para el centro de la ciudad. Sin embargo, no obstante que sus esfuerzos más importantes se dirigieron a resolver los graves problemas de la Lima barrial y periférica, lo realizado en el área central bajo el lema de “un centro para todos” tuvo como objetivo prioritario promover nuevas formas de participación y organización de la población residente del centro, a través de las llamadas “juntas vecinales”. Bajo esta política, más social que edificatoria, se desarrollaron una serie de acciones tendientes a poner en valor e incentivar el uso colectivo de los espacios e instalaciones en tanto espacios básicos de construcción de ciudadanía.

Esta política puede considerarse como una de las grandes contribuciones de esta gestión, como también la aspiración de construir un nuevo centro popular mestizo-andino como recusación a los contenidos oligárquicos del histórico centro. Junto a una serie de pequeñas intervenciones de remodelación de espacios públicos, pueden mencionarse intervenciones importantes como la remodelación de la Avenida Abancay y la Plaza Dos de Mayo. Destaca el proyecto de conversión del jirón Ancash en un “Eje Cultural”, el cual debía concebirse como un solo espacio cultural desde la estación de Desamparados, hasta la plazuela de Santa Clara, pasando por la iglesia y convento de San Francisco y la plazuela de la Buena Muerte. El tema del comercio ambulatorio, que a estas alturas ya mostraba las señales de un completo desbordamiento de las posibilidades

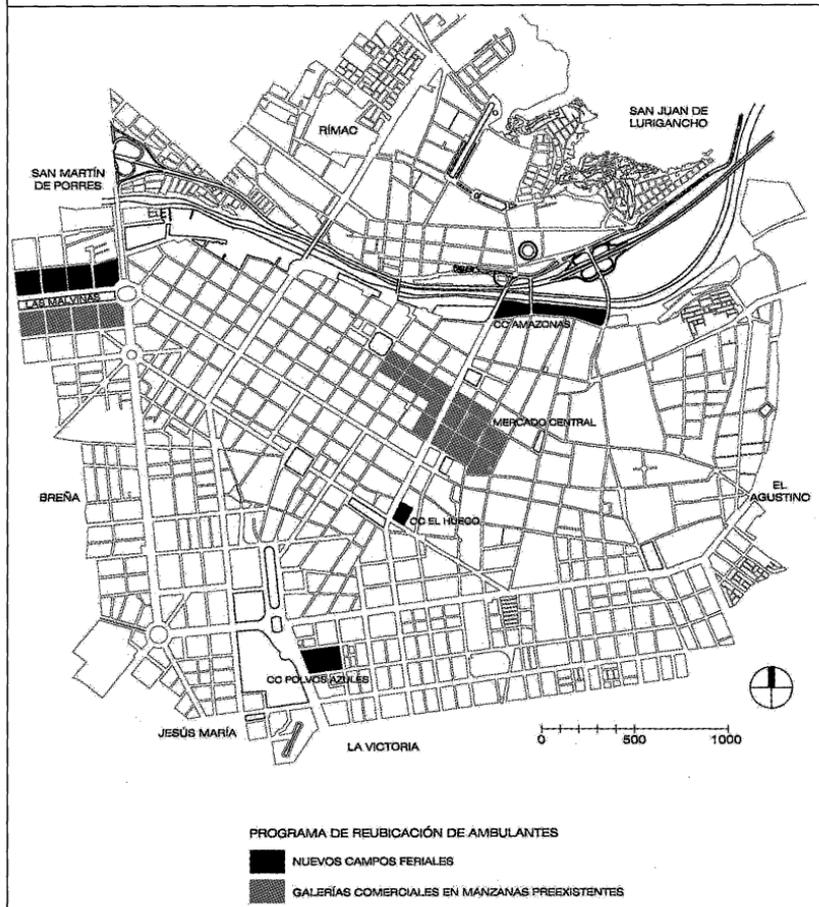
2 Probablemente uno de los proyectos de reordenamiento urbano del área central más importantes del siglo XX limeño en lo concerniente a los espacios culturales, constituye el proyecto formulado por la administración Orrego del “Centro Cultural de Lima”, nunca puesto en ejecución. Este centro debía constituirse a partir de una gran plaza central ubicada como nexo articulador de una serie de espacios públicos y edificios de uso cultural y cívico existentes en el polígono constituido por las avenidas Roosevelt e Iquitos, los jirones Washington y Nazca y las avenidas Cuba y Tirado. Todo este espacio concebido como una prolongación del área central debía conformarse de cuatro ámbitos: la zona comercial, las zonas culturales verdes, la zona administrativa y el barrio de artistas.

de control municipal, se tradujo en acciones limitadas de reordenamiento y mejoramiento de las instalaciones de los campos feriales existentes (Concejo Provincial de Lima, 1986).

Plano 1. Centro Histórico de Lima. Comercio ambulatorio, período 1996-2004



Plano 2. Centro Histórico de Lima. Comercio ambulatorio, período 1996-2004



Más allá del incesante incremento del ya descontrolado comercio ambulatorio, el centro de Lima no registraría cambios significativos en su funcionamiento y gestión durante la administración municipal del alcalde Jorge del Castillo (1987-1989). Sin embargo, probablemente debido a la creciente conciencia de la gravedad de los problemas, y los temores fundados de una situación que podía hacerse irreversible, la principal contri-

bución de esta gestión fue la de promover la formulación de un primer plan específico para el manejo del área central. El denominado Plan del centro de Lima, cuyo autor es el arquitecto Augusto Ortiz de Cevallos, fue aprobado en septiembre de 1989. Entonces, el tema del centro histórico y las necesidades de su recuperación aparecían como asuntos de necesidad pública y formulación programática, tal como encarnaba el discurso oficial que acompañó a los festejos de los 450 años de la fundación de Lima y el reconocimiento para el centro histórico de patrimonio cultural de la humanidad concedido por UNESCO, en 1988.

Junto a una serie de intervenciones puntuales en la rehabilitación de los espacios y algunos edificios representativos, la administración Del Castillo no desarrolló obras de gran envergadura, salvo la demolición de la antigua y hermosa Avenida Alfonso Ugarte para ser convertida en una vía expresa de tránsito veloz (Municipalidad Metropolitana de Lima, 1989). El mensaje irradiado de esta acción, supuso una lectura contradictoria a propósito de la preservación de la identidad histórica del centro. Con esta administración municipal, se inicia la destrucción de aquel patrimonio urbanístico previsto por la República Aristocrática para el centro y sus bordes a través de sus *boulevards* y formidables plazas circulares.

En medio de los efectos más dramáticos de la crisis económica de fines de los ochenta y el incremento del terror y la violencia política, la situación del manejo viable del centro histórico se hacía insostenible a inicios de los noventa. De otro lado, las presiones de UNESCO para cumplir con las obligaciones contraídas por la condición de patrimonio de la humanidad del centro histórico, empezaban a convertirse en plazos perentorios. Este es el contexto con el que se encuentra una administración que como la del alcalde Ricardo Belmont (1990-1992, 1993-1995), supuso una gestión que sin concretar grandes obras con garantía de sostenibilidad, crearía las condiciones institucionales, programáticas y de orden proyectual para lo que vendría luego con el plan de recuperación del centro histórico. La administración Belmont puso en marcha un programa intensivo de mejoramiento de pistas y veredas, así como de dotación de servicios complementarios a los campos feriales. En 1991 se aprueba el primer reglamento del centro histórico de Lima, para luego convertirse en el Reglamento de la Administración del Centro Histórico

de Lima, según ordenanza N° 062 de 1994. La administración Belmont dejaría *ad portas* de su ejecución un vasto programa de rehabilitación de los principales espacios públicos del centro (Municipalidad Metropolitana de Lima, 1992).

En realidad, el proceso de recuperación del centro histórico deviene del programa político y principal objetivo estratégico de gestión con la administración del alcalde Alberto Andrade (1996-1998, 1999-2001). Aparte de la aprobación del plan estratégico de recuperación del centro histórico, formulado en 1996 bajo la dirección de Flor de María Valladolid, lo que terminaría por afirmar los objetivos de base fue la puesta en ejecución de aquel conjunto de obras dejadas por la administración precedente, como es el caso de la remodelación y puesta en valor de los espacios públicos de mayor densidad simbólica de la ciudad y el país, como la Plaza Mayor, la plaza San Martín, el parque Universitario, la plaza Francia y la plaza Italia. En esta ocasión, la realización de estas obras supuso la conversión efectiva de la recuperación del centro en espectáculo urbano dotado de un importante consenso y apoyo social. El éxito y el entusiasmo fueron inmediatos. Bajo la consigna “volvamos al centro” la ciudad y el centro se habían convertido en sujetos de moda.

Luego de esta primera etapa de obras de remodelación siguieron otras de igual importancia e impacto, como la remodelación y puesta en valor de los pasajes Santa Rosa y Escribanos, la plazoleta Santo Domingo, la plazoleta San Agustín, así como de una serie de importantes arterias como la Avenida Lampa, la Avenida Abancay, el jirón Cuzco y el jirón Camaná, entre otras. A estas alturas, la dinámica del proceso de recuperación demandaba intervenciones mucho más profundas y de mayor repercusión en la dinámica urbana del centro. Como respuesta a esta demanda se procedió a una renovación integral del barrio chino y el mercado central, auténtica prueba de fondo para validar la eficacia del plan de recuperación. Asimismo, se formuló un plan integral de recuperación del borde del río Rimac, una de las zonas más degradadas del área central, que incluyó la construcción de la nueva y concurrida alameda Chabuca Granda, así como la formulación del proyecto (no realizado) del parque del Río Hablador. El plan maestro del centro de Lima, aprobado en 1998, recogería esta dinámica, así como las perspectivas de un futuro de nuevos roles y funciones metropolitanas para el centro.

Este conjunto de intervenciones probablemente no se hubiera podido concretar si es que no hubiera estado acompañado de aquel proceso que, sin duda, significó la medida más espectacular de la gestión Andrade: la consensuada reubicación de los casi 20 mil ambulantes que ocupaban el área central. Proceso que supuso, al mismo tiempo, tanto la liberación de todas las calles y espacios públicos para el disfrute del conjunto de la ciudadanía, como la rehabilitación de aquellas deprimidas zonas adyacentes al centro, vía la creación de los nuevos “centros comerciales populares” constituidos por los ex ambulantes del centro, como sucedió con el centro de Las Malvinas (Avenida Argentina) y el centro Polvos Azules (vía expresa) (Municipalidad Metropolitana de Lima, 2000a, 2000b).

Otro de los principales aciertos fue el modelo de gestión puesto en práctica para el caso de los espacios públicos recuperados, sobre todo aquellos ubicados en los barrios populares del centro. Para hacerlos sostenibles, la municipalidad generó toda una serie de actividades productivas vinculadas al uso público de la plaza, como por ejemplo las ferias gastronómicas y ferias artesanales, entre otras. En cada caso, los principales gestores fueron los propios vecinos, quienes agrupados en microempresas familiares se ocupaban de producir comidas típicas y artesanías u otros productos de venta.

En medio de la oposición directa del gobierno de Alberto Fujimori y las dificultades económicas del municipio, ocasionadas por este hecho, el impulso inicial en las acciones de recuperación del centro decayeron ostensiblemente durante la segunda administración Andrade. Lo peor de esta situación era el hecho de constatar que las inversiones privadas —aquellos que constituía la única posibilidad de hacer viable y sostenible el proceso de recuperación —nunca arribaron al centro en los términos previstos por la administración municipal: intervenciones emblemáticas por su contenido y estilo, como las tiendas y servicios de alto estándar ubicados en los pasajes Santa Rosa y Escribanos, no tardaron en cerrar sus puertas; mientras que la situación en el sector del mercado central y el barrio chino, mostraba signos de una cada vez más creciente actividad económica y de inversiones destinadas a continuar con el proceso de recuperación. Podría afirmarse que en este caso se trataba de una experiencia exitosa.

Sin dejar de desarrollar una activa política de promoción a las actividades culturales y sociales en los espacios del centro, como la realización

de la Bienal de Arte de Lima y otros festivales de proyección internacional, la administración Andrade optó durante este segundo período por focalizar sus inversiones y esfuerzos en dos proyectos de singular impacto metropolitano. Por un lado, la remodelación integral del Parque de La Exposición para convertirse en el Parque de la Cultura de Lima (2001); y, por otro, el desarrollo de la nueva zona cultural de Lima, delimitado por el jirón Conde Superonda, la avenida Tacna, el jirón Huancavelica y el jirón Camaná. Esta zona, tendría en el nuevo complejo del teatro municipal remozado su epicentro natural. Este segundo plan nunca pudo ser ejecutado, salvo la excepcional serie de funciones llevadas a cabo en ese perturbador pasaje de ruinas que continúa siendo el siniestro teatro municipal (Municipalidad Metropolitana de Lima, 2000b, 2001a, 2001b).

El hecho de que en la campaña por la tercera reelección del alcalde Andrade, el tema de la recuperación del centro histórico no apareciera más como un objetivo principal, no podía tomarse como la evidencia de que el proceso de recuperación había culminado satisfactoriamente, o que éste había llegado a tal punto de registrar una dinámica de irreversibilidad. Todo lo contrario. Quedaba claro, en primer lugar, que este proceso resultaba más bien complejo y de difícil resolución; y, en segundo lugar, que la Municipalidad de Lima Metropolitana ya no podía erogar más recursos y esfuerzos de los ya efectuados, sin el riesgo de reemplazar los ámbitos de competencia correspondientes al gobierno central y el sector privado. De esta experiencia histórica quedaron muchos proyectos que no pudieron siquiera ser puestos en ejecución inicial. El estratégico parque del Río Hablador, la recuperación de la quinta Heeren, el proyecto de renovación urbana de barrios altos, entre otros.

Ciertamente, el centro histórico con el que se encuentra la administración del alcalde Luis Castañeda Lossio (2002-2005) es otro centro respecto al que se tenía a mediados de los noventa. Asume la alcaldía sin un plan y programa formulados de manera explícita para esta área de la ciudad. Podría afirmarse que, más allá de ideas genéricas de consenso (recuperar el centro, poner en valor el patrimonio edilicio y los espacios públicos, entre otras) el alcalde Castañeda carecía de una idea precisa sobre qué hacer en esta importante área de la ciudad. O por el contrario, sabía qué debía hacer en concordancia con su pública oposición a la política desplegada para el centro durante la gestión precedente: el rápido desmon-

taje de toda la institucionalidad y actividades de promoción cultural gestados, hasta entonces, como componentes esenciales del proceso de recuperación del centro histórico. Ocurrió tal cosa con proyectos como los del Río Hablador, la nueva zona cultural de Lima, la casi consolidada Bienal de Arte de Lima y la cancelación del dinámico centro de artes escénicas, entre otras iniciativas.

Es posible que al finalizar el período de gobierno de la administración Castañeda, la evaluación final pueda tener otro sesgo. Sin embargo, lo realizado hasta fines del 2004, cota final del período analizado por este estudio, resulta una curiosa mezcla entre una reedición forzada y la aplicación apresurada del plan de recuperación de espacios públicos de la década de los noventa y un conjunto de iniciativas dispersas y desconectadas en sus intenciones básicas, salvo las aspiraciones de resonancia y espectacularidad mediática. En el primer caso, se encuentran ese conjunto de intervenciones que representan una especie de re-remodelación de espacios como el Parque Universitario (remodelado anteriormente durante la administración Andrade) y otro grupo de obras de “reemplazo” a lo anteriormente proyectado: tal es el caso de la Alameda de Las Malvinas (en reemplazo de la Alameda Central anteriormente proyectada) y del Parque de la Muralla (que redefine, parcialmente, al proyecto del parque del Río Hablador). En el segundo caso, tenemos la reubicación del polémico monumento a Francisco Pizarro, ubicado en una de las esquinas de la plaza Mayor, y la creación en su lugar de la Plaza de la Peruanidad, con un diseño que hubiera merecido mejor suerte en su concepción y calidad. En medio de estas iniciativas, debe mencionarse el importante trabajo de iluminación nocturna de los principales edificios y espacios públicos del centro histórico.

Una conclusión preliminar de los proyectos hasta ahora emprendidos de la gestión de Castañeda, con pocas posibilidades de modificarse en el tiempo que resta a su administración, es que los fundamentos ideológicos programáticos del diseño urbano constituyen una puesta culturalmente regresiva y estilísticamente inconsistente. Hay en todo ello una mezcla de reiterado populismo y afán autoritario, como sucedió con la administración precedente, que jamás hizo del proyecto urbano un tema de concursos abiertos y discusión público democratizadora. El resultado: proyectos impuestos desde arriba y sin aspiraciones de experimentación o convocar nuevos lenguajes.

El urbanismo promovido por el alcalde Andrade —desde el polémico proyecto de remodelación del Parque Central de Miraflores hasta la Alameda Chabuca Granda—, no hizo sino recoger de manera acrítica los tópicos figurativos del urbanismo catalán de la década de los ochenta, en su intención de hacerse más “internacional”. Por su parte, el urbanismo popular, de esa incalificable versión de estética chicha promovida por la publicidad y el asistencialismo fujimorista, no hizo sino convertir los parques, las plazas y alamedas de muchas ciudades del Perú en un escenario estridente, deformado y saturado de parafernalia pseudoartística. El diseño promovido por la administración Castañeda, deviene en regresiva síntesis histórica de estas dos tendencias y modos de resolver la cuestión proyectual de los espacios públicos. Revestido de una aparente postura académica y de aspiración internacional contemporánea. Proyectos como la re-remodelación del Parque Universitario, la Alameda de Las Malvinas, el Parque de La Muralla o la Plaza de La Peruanidad son una apuesta por un urbanismo mezcla de exacerbación teatralizada de aquellos elementos “de moda” (fuentes de agua, luminarias especiales y otros detalles) y de un inocultable barroquismo en clave de estética chicha que pareciera surgir, en este caso, como pulsión natural. Se trata de un diseño impregnado de clichés figurativos, acumulación esquemática de objetos y una retórica visual efectista, así como de un fácil ecologismo y contextualismo localista que se subsume bajo las exigencias de un diseño paisajístico, en el cual el espacio público aparece no como un fin en sí mismo, sino como un explícito recurso de marketing y medio de posicionamiento político.

Figura 4. Parque Universitario, 2002



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

El centro del gobierno

Si este registro de intervenciones corresponde a un sector de la esfera de lo oficial, en este caso el ámbito de la gestión municipal, la otra historia de acciones y gestos que se produjeron en relación al centro histórico de Lima en la última década corresponden a los fueros del gobierno central; es decir, al gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000). ¿Qué tenía que hacer el Presidente con la gestión de una ciudad?

En el Perú, se sabe que el primer alcalde de Lima es el Presidente de la República. La tentación por mayores réditos políticos y la concentración de un vasto electorado cautivo en la capital peruana, son siempre la razón última por la que muchos presidentes no escatiman esfuerzos en transgredir los fueros municipales para asumir funciones de alcalde de facto. Pasó este con Fujimori en innumerables ocasiones, pero sobre todo cuando comprobaría que el plan de recuperación del centro emprendi-

Figura 5. Barrio Chino de Lima. Portada de ingreso, 1989



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 6. Alameda Chabuca Granda. Escultura principal y perspectiva del conjunto, 2000

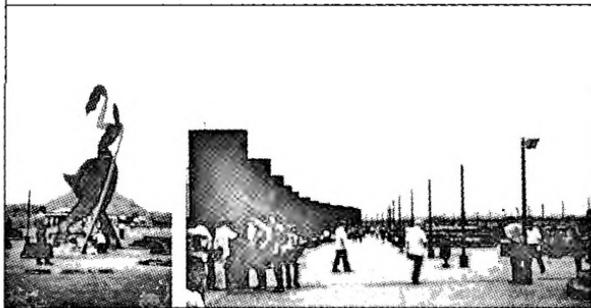


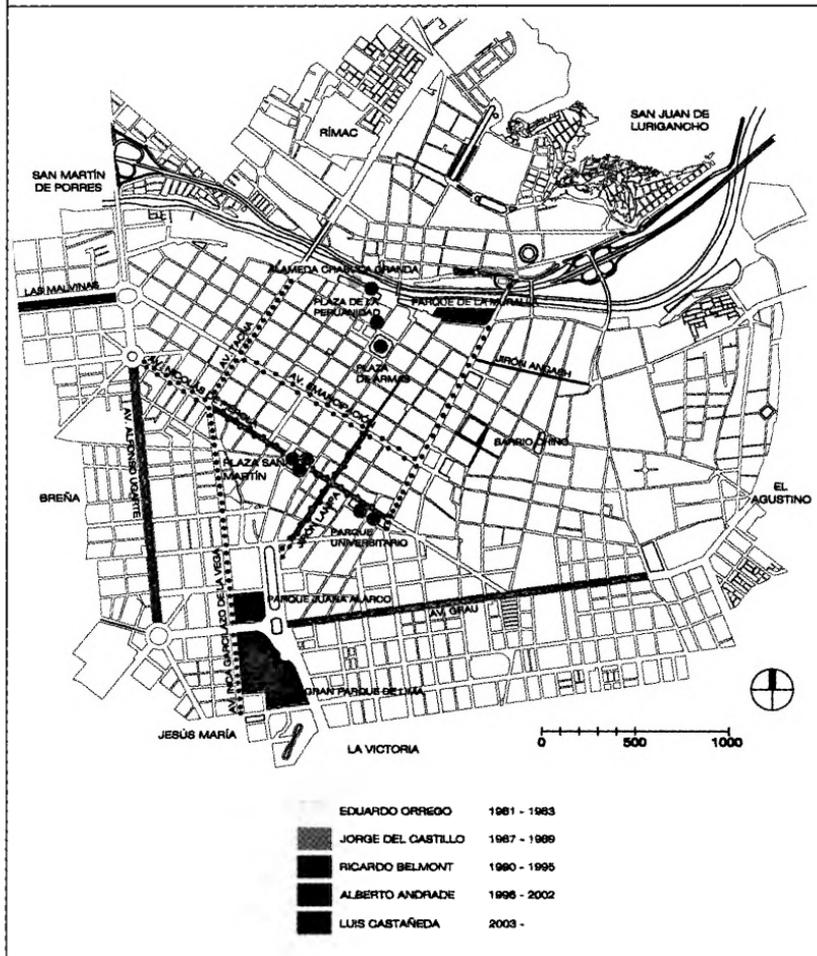
Foto Wiley Ludeña Urquiza.

do por el alcalde Andrade le otorgaba a este –un potencial competidor político– una aceptación mayoritaria en la población.

Los planes del gobierno de Fujimori programados para el centro, reunían un mensaje social y político claro en clave de discurso neoliberal y neopopulista: sugerir que mientras la administración Andrade se ocupaba de “expulsar a los pobres ambulantes”, rehabilitar viejas casonas, plazas antiguas y rescatar figuras del santoral colonial y oligárquico, su gobierno se dedicaría a resolver los problemas de los pobres más pobres del centro histórico. Para ello, consigue implantar –con el decidido apoyo de todas las instancias de gobierno– un plan de “Destugurización” de viejos callejones y quintas deterioradas de los barrios pobres del centro. Asimismo, desarrolla un publicitado proceso de renovación urbana de la barriada más antigua de Lima, la barriada Leticia (1932) ubicada en el principal distrito de Lima: el cerro San Cristóbal, sobre el que construye un museo de sitio de la historia de Lima. Otro espectacular proyecto, dotado de estas mismas aspiraciones, es el gigantesco complejo de edificios de vivienda, encargado al arquitecto peruano radicado en Francia Henry Riani, el cual debía depositarse en medio del río Rímac cerca de la Plaza de Acho. Pero eso no fue todo: sin otro propósito racional, que el de contravenir el proceso de reubicación planificada de ambulantes emprendido por la administración Andrade, el gobierno negocia la reubicación aislada de un grupo de ambulantes opuestos al plan municipal, en terrenos estatales de Cantagallo, al borde del río Rímac, cerca al centro histórico.

Con estas acciones, el gobierno de Fujimori consigue, finalmente, neutralizar en parte la dinámica del proceso de recuperación histórica promovida por la administración Andrade. El golpe final vendría cuando el gobierno decide no otorgar el aval a la solicitud municipal para la obtención del préstamo que otorgaría el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) por un monto de 200 millones de dólares, destinados específicamente para financiar el proceso de recuperación del centro de Lima. Fin de la historia.

Plano 3. Centro Histórico de Lima Intervenciones en espacios públicos por administración municipal, 1981-2004



El centro de los empresarios

Como consecuencia de la dinámica generada por el plan de recuperación del área central impulsado por la administración Andrade, el comportamiento del sector privado puede resumirse en tres actitudes básicas: la primera, corresponde al gran capital financiero de aspiraciones globales más involucrado en hacer del distrito de San Isidro el nuevo centro económico financiero del Perú, que preocupado e interesado en el tema de la recuperación del centro histórico. La segunda, corresponde a la actitud adoptada por un sector del empresariado que tomó el plan y proceso de recuperación del centro histórico con cierta equidistancia: entre el no compromiso estructural y la cercanía para no desaprovechar eventuales beneficios de orden ideológico y simbólico (léase dotarse de una pátina de “sensibilidad cultural” e identificación con la tradición y la historia). Este es el grupo del empresariado base del histórico Club Nacional y los banqueros nostálgicos del igualmente histórico y tradicional barrio financiero del centro. Estos últimos, fueron los que impulsaron el fallido proyecto de recuperación urbana de este importante espacio del área central. Desafortunadamente, las contradicciones de orden conceptual y la ausencia de una puesta proyectual solvente ocasionaron que la iniciativa no pudiera finalmente concretarse.

Otro tercer grupo, el constituido por un número significativo de pequeños industriales y medianos comerciantes, decidió invertir tanto en el mejoramiento de sus negocios existentes como en la creación de nuevos espacios de producción y consumo. En este, se encuentran todos aquellos que efectuaron inversiones importantes para activar negocios de restaurantes, tiendas o galerías comerciales, la mayoría de ellos ubicados principalmente en torno al mercado central y el barrio chino. Podría afirmarse que esta zona del área central resulta el espacio recuperado que ha logrado, de manera sostenida, un singular dinamismo económico. Como una notable excepción, respecto a la ausencia de grandes inversiones en el área central, puede mencionarse la realizada para la instalación en un reciclado antiguo edificio bancario de una de las tiendas de la cadena peruana de supermercados METRO (Chion, 2002).

El centro alternativo. Usos y desusos ciudadanos

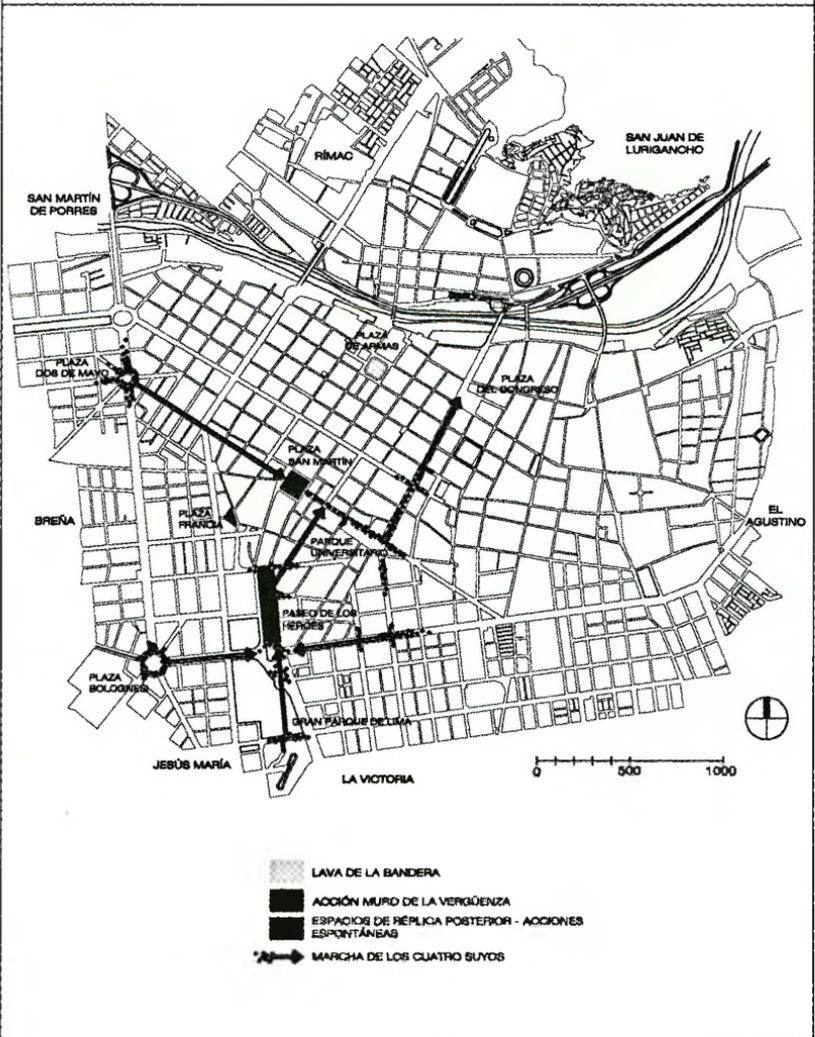
Frente a la apuesta oficial de un nuevo barrio cultural en el centro de Lima, cuyo epicentro debía ser el remozado teatro municipal, la zona comprendida entre el jirón Quilca y la Plaza Francia aparecía como un cuestionable averno cultural que por ninguna razón podía ser considerado como el barrio cultural del centro histórico. Debía ser un imposible social, un hecho culturalmente inviable para el discurso oficial. Esta área se había convertido, desde los años ochenta, en una especie de “campo ferial” de la cultura, en la que terminaría por concentrarse el negocio ambulatorio de libros, revistas y otros productos culturales. Otro espacio, sin las características de este tradicional barrio cultura, es el Campo Ferial de Libro Amazonas.

Liderado por el pintor Herbert Rodríguez, El Averno es el nombre de un centro cultural que consigue dotarle a este barrio colindante a la Plaza San Martín de un espíritu contestatario, muy influenciado por la movida contracultural de los noventa. Entre sus principales actividades se encuentran la organización de conferencias o exposiciones, la realización de festivales de rock y otras acciones culturales. Sin embargo, su principal proyección hacia la esfera de lo público se expresaría en una estética visible de referencias políticas, que logró plasmarse desde el inicio en sus ya célebres murales. Pronto, El Averno pasó de ser el local denunciado innumerables veces por los vecinos, que abogaban por su reubicación y/o clausura, a ser aquel reconocible símbolo que había logrado resignificar la zona como un barrio cultural alternativo y contestatario del área central y la ciudad. Lo interesante, es que las fachadas ubicadas a lo largo del jirón Quilca empezaron a replicar los murales “estilo averno”, con una voluntad explícita de autoadjudicarse una identidad visual particular en medio del grisáceo paisaje urbano limeño.

Junto a esta iniciativa de los propios vecinos por convertir este espacio en un barrio singular, las “galerías de la cultura” en las que fueron reubicados decenas de ambulantes dedicados a la venta de libros y revistas, empezaron a desarrollar un activo programa cultural de conferencias y festivales de música. El efecto de una dinámica de regeneración urbana basado en la promoción cultural sin apoyo institucional de la municipalidad, cumplió en este caso uno de sus principales objetivos: convertirse en un auténtico imán

urbano para el desarrollo de una serie de actividades culturales y la constitución de una identidad cultural alternativa en la ciudad.

Plano 4. Centro Histórico de Lima Principales acciones públicas, democracia y participación política, 2000-2002



Centro y espacios públicos, democracia y ciudadanía

Las primeras movilizaciones en protesta contra el gobierno de Fujimori, preámbulo de lo que más tarde concluiría en la apoteósica y masiva Marcha de los Cuatro Suyos, tuvieron lugar en el año de 1997 como consecuencia del rechazo generalizado contra la destitución de tres miembros del Tribunal Constitucional, quienes se habían opuesto a los intentos de reelección fraudulenta de Fujimori. Las avenidas, calles y plazas del centro de Lima volvieron entonces a poblarse de miles de estudiantes y de otros opositores, para convertirse en el escenario decisivo de una histórica “ocupación” política del centro. Esta, daría lugar a un sinnúmero de acciones no solo políticas, sino también artísticas, de *performances* contestatarias y transformaciones efímeras del espacio. Pocas veces los espacios públicos del centro alcanzaron tal grado de resignificación política y cultural, como las numerosas jornadas de protesta desarrolladas en su seno, desde las acciones del Lava la Bandera hasta la ejecución del Muro de la vergüenza. El centro volvió a ser el “centro” y sus espacios públicos se convirtieron en uno de sus principales gestores de significación y dignificación ciudadanas.

Estas acciones, que representaron una nueva dimensión de las relaciones entre arte y política, fueron decisivas para la caída del corrupto gobierno de Fujimori. Fueron acciones que, al operar con aspectos sensibles del imaginario popular, se convirtieron en prácticas altamente metafóricas acerca de cómo podrían constituirse las nuevas relaciones entre la sociedad civil y el Estado (Vich, 2002:1)

El uso y la resignificación intensiva de muchos de los espacios públicos más representativos del centro histórico en el transcurso del último lustro, no podrían ser explicados sino en el contexto y como consecuencia de una cada vez más creciente e indignada movilización social contra el régimen fujimorista. Si bien, el origen de esta reacción, expresada en iniciativas impregnadas de nuevas formas de protesta y uso de los espacios públicos, tuvo lugar a mediados de los años noventa, con la creación de La Resistencia, a propósito del rechazo ciudadano a la ley de amnistía a favor de los militares involucrados con la violación de los derechos humanos³, el primer gran gesto popular de ocupación contestataria de los

3 El primer colectivo de ciudadanos encabezados por el destacado artista Víctor Delfín se consti-

espacios públicos tuvo lugar la noche del 9 de abril del 2000, a propósito del desconocimiento de los resultados electorales tras la tercera reelección de Fujimori. Esta histórica noche, terminaron completamente ocupados el histórico eje cívico, con los espacios más representativos de la centralidad urbana limeña: el paseo de La República –Centro Cívico, la Plaza San Martín y la Plaza de Armas– Palacio de Gobierno.

Lava la bandera

Tal vez la acción de ocupación y resignificación simbólica de los espacios públicos del centro histórico más trascendente, entre las enmarcadas en el movimiento de rechazo al régimen fujimorista, fue la jornada de Lava la bandera. Sobre la base de recrear todo cuanto en el imaginario doméstico posee la acción y el significado del lavar, más la reapropiación colectiva de uno de los símbolos (tal vez el único) que encarna valores relativamente estables, colectivos y no individualizados, como es la bandera, esta acción fue concebida como un gran acto cultural de expiamento colectivo de toda la corrupción y degradación moral en la que se hallaba sumida el régimen y la clase política del país. En este caso, no se trató solo del acto del lavado de la bandera como una acción crítica que demandaba limpieza y transparencia en todo lo relacionado con la gestión pública de los gobernantes y representantes políticos, sino de una manifestación de reapropiación ciudadana de un símbolo que había sido capturado por el poder autoritario. El lavado de este símbolo patrio

tuiría alrededor de 1996 con el nombre “Todas las sangres, todas las artes”, en rechazo a la ley de amnistía y contra cualquier forma de impunidad. Se trató de un movimiento muy activo con una vasta convocatoria a artistas de reconocido prestigio en el país. Por entonces, tuvo lugar la llamada Feria por la Democracia que diversas organizaciones cívicas organizaron entre el 20 y 21 de mayo de 2000 en el Campo de Marte, para constituir una primera plataforma de centralización de todo el movimiento opositor al régimen fujimorista. En el marco de la denuncia de las elecciones fraudulentas y el rechazo a los propósitos de permanencia de Fujimori, la movilización contra el régimen se tradujo en el surgimiento de múltiples iniciativas, entre ellas, una de las más conocidas, del Colectivo Sociedad Civil que empezaría con un multitudinario entierro del “cadáver” de la Oficina Nacional de Procesos Electorales frente al Palacio de Justicia. El colectivo, que nace en abril del 2000, estuvo conformado por artistas como Susana Torres, Emilio Santiesteban, Claudia Coca, Fernando Bryce, Abel Valdivia y Luis García Zapatero, así como el crítico de arte Gustavo Buntinx. Aires.

era un auténtico acto de sanación del país, pero también un actor de rechazo a todos aquellos que habían osado ensuciarlo, corromperlo y traicionarlo.

Figura 7. Lava la bandera. Acciones en la Plaza Mayor



Foto: *El Peruano*, Victor Palomino. 24.11.2000. Cortesía

Figura 8. Acción Muro de la vergüenza frente al Palacio de Justicia



Foto y fuente: Association the resistance we are all
http://aresistenciaperu.inpod.com/anaisis_muro.htm

La densidad simbólica de esta acción, adquiere mayor relevancia al iniciarse y legitimarse como acto colectivo en el principal espacio de la centralidad urbana del país: la Plaza Mayor de Lima, el epicentro del poder político. El ritual consistió en la acción del lavado público de decenas de banderas (con “Jabón Bolívar” en bateas rojas) por parte de grupos de ciudadanos cada vez más numerosos, que se reunían cada viernes entre las 12:00 y 15:00 horas frente al Palacio de Gobierno. Una vez concluida la acción del lavado, las decenas de banderas eran colgadas en tendales que llegaron a circundar toda la plaza, en un perturbador e inusitado espectáculo visual. La primera acción de Lava la bandera en la Plaza Mayor tuvo lugar el 24 de mayo del 2000, el año de las elecciones fraudulentas de Fujimori.

Los primeros encuentros fueron objeto de represión policial y acusaciones de ser un acto de “simbolismo barato”. Sin embargo, poco a poco, la acción de Lava la bandera llegó a adquirir tal difusión y empatía popular que empezó a ser replicada, por ciudadanos de todos los estratos sociales, en casi todas las plazas del Perú. Y en muchos casos, ya no se trataba solo del lavado de la bandera sino de otros símbolos y objetos vinculados al poder político y religioso, como el lavado de uniformes militares y religiosos. A estas alturas, la acción Lava la bandera había dejado de ser una *performance* artística para transformarse en un eficaz instrumento de resistencia y protesta política. Para Gustavo Buntinx, uno de sus principales promotores, el lavado de la bandera por su capacidad de articular distintos niveles de sentido devino extraordinario capital simbólico, que serviría de eficaz retaguardia estratégica para la reagrupación de las fuerzas democráticas en su lucha contra el régimen corrupto de Fujimori (Buntinx, 2001: 8). El día que Fujimori dimitió a su cargo desde Japón, el lavado de la bandera ya se realizaba en 27 ciudades del Perú y en algunas capitales del extranjero.

La imagen de un gigantesco cordel del que pendían decenas de banderas en plena Plaza Mayor, tras las sesiones de lavado colectivo, tenía obviamente un referente directo: la casa familiar y el patio doméstico. Este, era otra de las más importantes operaciones de resignificación simbólica que algún espacio público del centro de la ciudad haya consignado en su historia contemporánea. Se trata no solo de una operación que desacraliza este espacio como representación supérstite del poder consti-

tuido, sino de una acción de conversión ritualizada, donde el espacio público se convierte en prolongación espontánea de la casa familias. La plaza, espacio de todos pero de nadie, se convierte en sitio de todos y de cada uno. Es decir, se transforma en una auténtica “casa” familiar con la sala de encuentro y el patio íntimo/público de lavandería. Por primera vez, el ciudadano tenía el sentimiento de crear una nueva relación entre ciudad y ciudadanía, entre arte y política, entre la esfera de lo público y la esfera de lo privado. El sentido de pertenencia a la ciudad adquiriría otro significado más esencial que el mero compromiso banal.

Muro de la vergüenza

Impulsado por el colectivo La Resistencia y la iniciativa de Roxana Cuba, el proyecto del Muro de la vergüenza representa otra de las manifestaciones más importantes que se produjeron en esta especie de asalto creativo de los principales espacios públicos del centro de Lima, con el propósito de expresar el rechazo y malestar de la población contra el régimen fujimorista y sus principales representantes. Del mismo modo como ocurrió con la acción Lava la bandera, este proyecto debido a la eficacia de sus propósitos consiguió replicarse en otras plazas y espacios públicos del país.

Junto a la Plaza Mayor, la Plaza San Martín y el Parque Universitario, la Plaza Francia son otros de los espacios dotados de una historia particular y singular densidad simbólica para el imaginario urbano limeño. Este fue el lugar escogido para la instalación del primer Muro de la Vergüenza, en junio del año 2000. En este caso, la acción consistió en la reproducción de un “muro” de tela de casi 15 metros de largo, sobre la cual estaban adheridos, cual galería fotográfica, todos los rostros de los personajes más conspicuos del régimen fujimorista: desde Vladimiro Montesinos hasta la inefable congressista Martha Chávez, desde el cardenal Cipriano hasta el embajador Francisco Tudela, entre muchos otros. Como una especie de *dazibao* crítico, el Muro de la vergüenza en su enfática literalidad aspiraba a servir de espacio de recepción / expresión para cualquiera de los caminantes que quisieran manifestar su rechazo al régimen y a cada uno de sus representantes.

Nuevamente en este caso, el espacio público se convertiría en un ágora abierta de construcción de ciudadanía. Las paredes reales se resignificaron a través de una pared efímera (creo que duró casi dos años) que, a modo de soporte material, sirvió para canalizar, concentrar e irradiar la opinión libre y contestataria de una población que, debido al control y manipulación descarada de casi todos los medios de expresión, había visto cercenado su derecho de opinión crítica. El muro dejó de ser tal, para convertirse en un auténtico texto y manifiesto de denuncia contra el régimen y todas sus perversiones. Esta acción consiguió transformar el espacio público en un espacio de interpelación y discurso político desde el punto de vista pedagógico (Vich, 2002:6).

Marcha de los Cuatro Suyos

La voluntad de dotarle a la reacción ciudadana contra el régimen fujimorista de un significado anclado en la propia historia del Perú profundo e incaico, motivó que el evento ciudadano de mayor trascendencia histórica que se realizaría en los espacios del centro de Lima fuera denominado como la Marcha de los Cuatro Suyos. No fue solo exactamente un mitin. Tampoco fue solo una larga marcha proveniente de los cuatro suyos del país. Fue más que eso: una de las mayores concentraciones de ciudadanos movilizadas desde todos los rincones del Perú para expresar su más enérgico rechazo a las intenciones del régimen de perpetuarse en el poder. Más de 40 mil personas provenientes de todo el país (movilización nunca antes registrada en la historia del país), junto a más de 250 mil personas de la ciudad realizaron uno de los mítines más multitudinarios que recuerde la historia política republicana. Durante tres días, entre el 26, 27 y 28 de julio del 2000, la capital peruana estuvo prácticamente “tomada” por miles de ciudadanos dispuestos a caminar el tramo final de un recorrido que tuvo tanto del ritual sagrado de la marcha incaica al Cuzco, como de una manifestación política posmoderna de diferencias unificadas por una misma voluntad contestataria. La noche del 27 de julio, todo el espacio del paseo de La República devino en escenario compacto de una especie de fiesta política que preanunciaba un cambio de régimen político, tal como ocurriría posteriormente.

Lo que quedó claro con la movilización que acompañó a la Marcha de los Cuatro Suyos, es que las fuerzas de una oposición dispersa empujarían a encontrar –dentro de moldes democráticos y consensuales– los mecanismos de acumulación indispensables para pasar de la protesta esporádica a la resistencia sistemática y permanente. Y que la idea de un espacio centralizado y autoritario carecía de sentido tal como ocurrió la noche del mitin, donde el espacio público soporte del evento se hizo espacio espontáneo y libre en su uso y disfrute político. Esa noche, por primera vez, un espacio limeño dejaba de ser tal para adquirir el significado de un espacio regional. Un espacio de pertenencia y significado nacional.

Como pocas veces en la historia de país, las actividades oficiales por el día de la patria adquirieron el perfil de una disminuida opereta grotesca; por su parte, la Marcha de los Cuatro Suyos parecía convertirse en el tradicional desfile cívico patriótico. Mientras que las fuerzas policiales

Figura 9. Movilizaciones de apoyo a la marcha de los Cuatro Suyos.
Plaza San Martín

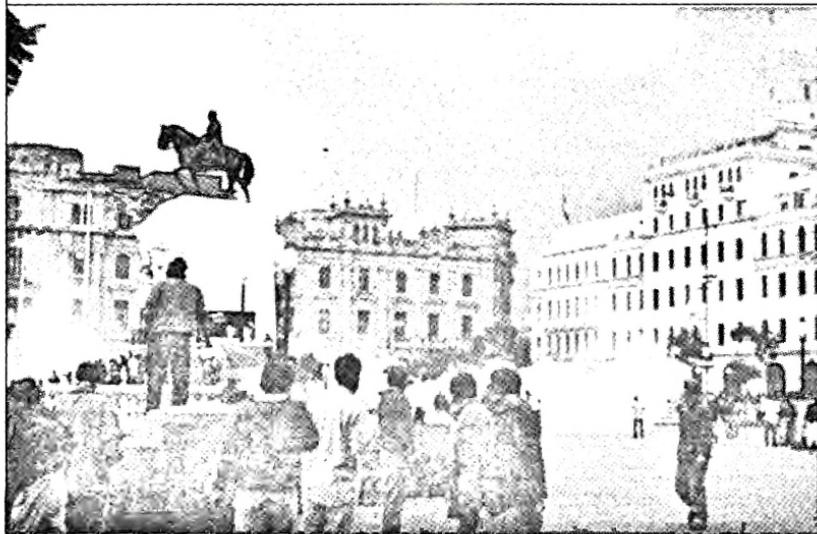


Foto: *El Peruano*, Jack Ramón. 26.07.2000. Cortesía.

habían hecho de la Plaza Mayor una especie de cuartel militar protegido, las primeras cuadras del paseo de La República estaban en poder de la sociedad civil. La Marcha de los Cuatro Suyos como gesta ciudadana, demostraría a la opinión pública nacional e internacional que la oposición democrática a Fujimori no era numerosa solo en las encuestas, sino también en las calles y plazas del Perú. La noche del 27 de julio del 2000, el Paseo de la República se transformó en metáfora perfecta de los cuatro suyos del espacio inca. Una plaza se hizo todo el territorio del país.

La Marcha de los Cuatro Suyos, como todas las otras acciones de resistencia que se desarrollaron principalmente en las calles y plazas del centro histórico de Lima, convirtieron a estos espacios en lugares de construcción democrática de ciudadanía. Como sostiene Víctor Vich, las plazas públicas se transformarían en espacios representativos de un nuevo poder —el poder de la ciudadanía—, dispuestos a refundar la nación a partir de nuevos rituales (Vich, 2002: 7).

Conclusiones

El centro histórico tiene hoy otro rostro. Después de casi cien años de ser abandonado por una oligarquía que apostó por el suburbio y por su conversión en un *Financial District*, según el plan urbanístico de la naciente República Aristocrática, el centro se debate hoy en medio de un dramático dilema: convertirse en un revalorizado centro histórico para ser reapropiado por los exponentes de la neo oligarquía limeña, tributaria de la vieja excluyente y racista oligarquía. Este hecho, significaría un drástico proceso de *gentrification* como el acontecido en muchas operaciones de renovación urbana, que ha traído consigo la expulsión de los residentes pobres y la llegada de habitantes de altos recursos económicos y servicios de lujo, con la consiguiente musealización del centro; o se transforma en un renovado centro, para quienes desde los años cincuenta empezaron a otorgarle un nuevo significado social, cultural y económico distinto de esa cultura oficial criolla y oligárquica.

La incertidumbre que encarna la resolución actual de este impasse histórico no hace sino anunciar el final de una etapa e inicio de otra nueva en la historia de Lima y el área central, en particular. Es este caso, las

dificultades que acechan al proceso de recuperación del centro histórico son el testimonio de una realidad en el que coexisten actualmente lógicas distintas y contradictorias de producir y consumir ciudad. No se trata solo de reconocer que el cese del proceso de recuperación del centro histórico empezó a fines de los noventa a consecuencia del abierto enfrentamiento entre el alcalde Andrade y el gobierno de Fujimori, lo que trajo consigo la paralización de obras, la cancelación de inversiones y la percepción de inviabilidad social del proceso de cambio. En este caso, se trata de reconocer que estas dificultades y la interrupción del proceso de recuperación se debe a motivaciones y pulsiones más profundas de lo que tal vez el propio Andrade y, actualmente, la administración del alcalde Castañeda creen: por un lado, la renuencia a aceptar que los cambios sociales, culturales y económicos operados en el centro desde los años cincuenta son de tal envergadura y profundidad que resulta absolutamente inviable cualquier plan que pretenda alterar y erradicar este curso. Y, por otro, la ausencia de un auténtico e innovador concepto que contemple, con solvencia proyectual, la reinención positiva de esta realidad, a partir de ese nuevo centro gestado en el último medio siglo.

Resulta, en este caso, reveladora la controversia que se produjo a mediados de los noventa al interior de los gestores del plan de recuperación del centro, entre quienes aspiraban a renovar el centro considerando como imprescindible la reubicación de los ambulantes “fuera” del área central; y, quienes consideraban factible renovarlo reubicando al comercio ambulatorio “dentro” de la trama edilicia del área central, tal como ocurriría con algunas viejas casonas convertidas en galerías comerciales. Dos opciones, dos modos distintos de concebir el futuro de la ciudad que implicaban finalmente proyectos políticos diferenciados. Se optó por la primera alternativa. El resultado actual: un área central que se debate en medio de la más dramática incertidumbre sobre su propio devenir.

Ni la neoligarquía, a la estaba dirigida aquella consigna de “volver al centro”, ni los grandes inversores privados respondieron a la convocatoria de poner en valor el área central. Pero tampoco el centro mismo pudo beneficiarse de los millones de soles invertidos por los ambulantes para construir sus nuevos “campos feriales” en las zonas periféricas al centro, donde fueron reubicados. ¿Qué hubiera pasado si esta inversión se hubie-

ra producido con los mismos actores “dentro” del centro, en el marco de un plan adecuado? ¡Pobre, centro, pobre! No hay nadie que lo rescate. Ni los invasores quieren invertir ni los viejos ambulantes desean volver.

Este centro incierto, popular y atractivo económico a medias, se debate hoy entre una peligrosa lumperización y una dramática degradación de sus estructuras edilicias. La incapacidad del centro histórico de ser reformulado como un nuevo espacio de consenso, centro y símbolo de una memoria colectiva compartida de manera democrática, tal vez sea el reflejo de una sociedad como la peruana que hoy se nos parece igualmente precaria, desinstitucionalizada y en trance a una peligrosa fragmentación y tribalización. En este marco, la idea de centro unificador empieza a convertirse apenas en un anacronismo cultural.

Las únicas señales que parecerían sugerir la existencia aún de un centro vital en medio de estos impasses, proviene precisamente de aquello que pareciera querer negarse, tal como reza una reciente ordenanza municipal que prohíbe cualquier manifestación política dentro de los límites del centro histórico: ser aún el principal espacio símbolo de las luchas del pueblo peruano por reivindicar su dignidad, apostar por la democracia y oponerse a toda forma de dictadura. Las multitudinarias manifestaciones en los espacios del centro contra el gobierno de Alberto Fujimori, como la Marcha de los Cuatro Suyos, o la creativa y masiva acción de Lavado a la Bandera desarrollado por varios meses en la misma plaza Mayor, o la nueva “movida” cultural alternativa, entre otras acciones, no hacen sino revelar que la idea y el valor del centro pervive aún en el inconsciente colectivo del peruano como símbolo concreto de cambio y renovación.

Bibliografía

- Buntinx, Gustavo (2001). *Lava la bandera: El Colectivo Sociedad Civil y el derrocamiento cultural de la dictadura en el Perú*. Ponencia. Lima: Texto Inédito.
- Chion, Miriam (2002). “Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX”. *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, Vol. XXVIII, n° 85, diciembre, Santiago.
- Concejo Provincial de Lima (1983). Eduardo Orrego. *Memoria Gestión 1981-1983*, Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Concejo Provincial de Lima (1986). Alfonso Barrantes Lingán. *Memoria Gestión 1984-1986*, Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Herrera Velarde, Carla (2004). *Intervenciones en el espacio público con fines de renovación urbana. Análisis de casos en Lima Metropolitana*. Lima: Universidad de Ingeniería, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Tesis de Maestría en Renovación Urbana.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1997). *Plan Maestro de Desarrollo Urbano del Cercado de Lima y su Centro Histórico y del Área Central Metropolitana*. Municipalidad Metropolitana de Lima. Resumen Ejecutivo.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1997). *Ideas y Arquitectura en el Perú del siglo XX*. Lima: SEMSA Editores.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1998) “Lima: neoliberalismo, arquitectura y ciudad”. *TRIALOG 57, Zeitschrift für das Planen und Bauen in der Dritten Welt*, Año 10, No. 2.
- Ludeña Urquiza, Wiley (2002). “Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal”. *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, Vol. XXVIII, N° 83, mayo, Santiago de Chile.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1989). *Jorge del Castillo. Memoria Gestión 1987-1989*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1992). *Ricardo Belmont. ¡Obras sí... Palabras no!*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1998a). *Alberto Andrade. Memoria Gestión 1996*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.

- Municipalidad Metropolitana de Lima (1998b). *Alberto Andrade. Memoria Gestión 1997*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2000a). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 1996-1998*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2000b). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 1999*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2001a). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 2000*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2001b). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 2001*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Ortiz de Cevallos, Augusto (1989). *Plan del centro de Lima*. Lima: INVERMET.
- Pease García, Henry (1991). *Construyendo un gobierno metropolitano. Políticas municipales 1984-1986*. Lima: Instituto para la Democracia Local IPADEL.
- Valladolid Illescas, Flor de María (1996). *Plan estratégico de recuperación del centro histórico de Lima*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Vich, Víctor (2002). "Desobediencia simbólica. Performance y política al final de la dictadura fujimorista". Argentina: CLACSO; IDES.
- Yagui Briones, Carlos (2005). *Diseño urbano contemporáneo en el Perú. Calles, plazas, plazoletas y jardines del centro histórico de Lima*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Taller de investigación en urbanismo.